

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 28 de Mayo de 1921

Número 22.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

LA ESPAÑA CATÓLICA Y TOREERA

En *El Liberal* del 20 de este mes leo el relato que hace el médico de la cárcel de Orense, don Anastasio Hermoso Rodríguez, de la llegada á aquella prisión de diez individuos procedentes de Madrid que habían sido conducidos por carretera á sus provincias respectivas.

He aquí algunos párrafos del horrible relato:

«Los pobrecitos daba lástima verlos; ninguno de ellos era delincuente; tres eran niños de unos quince años, que nunca conocieron á sus padres y crecían de hogar, de patria chica y de oficio; eran unos golfillos; otros dos tenían unos diez y ocho años, y se dedicaban á la que salta, es decir, se agarran á trabajar á cualquier oficio y no saben ninguno; y los restantes eran mendigos, todos ellos incluidos en lo que llamamos gente del hampa.

Se me quejaron de que se encontraban enfermos, y yo, al reconocerlos uno por uno, sólo comprobé que, efectivamente, uno de ellos estaba lesionado: tenía infartados los gargajos de la ingle; los otros no tenían lesión ninguna, pero no estaban sanos; padecían... hambre y cansancio.

Hacia dos meses que salieron de Madrid, recorriendo el trayecto de unos 600 kilómetros, de cárcel en cárcel, y estaban muertos de cansancio. Al preguntarlos yo si no tenían suficiente con el socorro que se les daba, contestaron que psaban mucha hambre, pues que en unas cárceles los socorrían con una peseta, en otras con 75 céntimos, en otras con 60 y en otras con 45, con cuyas cantidades no tenían lo necesario para comer pan. Se me caía el alma al ver á unos descalzos, á otros muy mal calzados, y á todos con los trijes deshechos, sin camisa y sin ropa interior, con la piel cubierta de rña, infectados de sarna y llenos de miseria.

Me extrañó verlos en el departamento

carcelario sin un petate, ni cama, ni mata ninguna, y les interrogué, contestándome los niños:

—No, señici; no nos han dado nada de ropa; en algunas cárceles nos daban paja y en otras teníamos que dormir en el suelo, como aquí.

Estos desgraciados, en cada cárcel que atravesaban, van dejando un valor proporcional de su resistencia fisiológica; algunos, por su naturaleza joven y sana han brán perdido tan pocas cantidades, que al llegar al punto de destino, ó haciendo algún paréntesis en el camino, vuelven á recuperarlas; otros, la pérdida será tan crecida, que ya no volverán á recuperar la salud; y otros, los más débiles, llegarán á tal grado la debilitación fisiológica, que no podrán continuar la lucha y sucumbirán.»

«Lo que yo me hubiera indignado hace medio siglo si llego á leer algo parecido á lo que ese médico dice! Seguramente me habría descomido en una porción de instituciones respetables y hasta sagradas: la ley, la justicia, la religión... Y acaso habría pedido que ahorcasen (por lo menos) á quienes ordenaban ó consentían que se cometieran tamañas monstruosidades; (así las hubiera yo calificado por aquellos entonces).

Pero ¡oh bienhechora influencia de los años, que nos hace ver la vida tal cual es, y nos impide ponernos en ridículo con declamaciones tan risibles como ineficaces! Hoy he leído el relato de ese médico sin conmoverme; y aun aplaudiendo su sinceridad, no participo de sus indignaciones. Por lo tanto, me abstengo de censurar á las autoridades que barrieron esa basura humana de las calles de Madrid en nombre de la higiene social y de la municipal.

No es que yo apruebe el que se haya hecho recorrer á esos desdichados 600 kilómetros á pie, durmiendo sobre paja en unas cárceles y en otras en el suelo, hambrientos, y llenos de piojos; no; no lo apruebo. Pero al pensar que, llevándolo con resignación cristiana pueden alcanzar la bienaventuranza eterna, creo que todavía salen ganando y me digo: «lo que mucho vale, mucho cuesta».

Ejemplos de estos los hay á millares, pero no voy á citar más que tres. Job descansaba en un estercolero y se quitaba la podre con una teja, lo cual era más cómodo y más sucio que dormir sobre paja. San Francisco y Benito Labre fueron famosos, no sólo por sus virtudes, sino por las numerosas piasas de los bichitos nombrados que en sus cuerpos se alimentaban y

en sus ropas se hospedaban, y los tres están ahora hechos unos próceres en el Cielo. A veces suele ser una suerte lo que se juzga una desgracia.

Sin duda nuestros gobernantes, recordando esto, no se preocupan de que los turistas de la miseria pierdan la salud, y á veces la vida por esas carreteras; ni los diputados (vulgo padres de la patria) se interesan en que desaparezcan en absoluto esas conducciones que en otros tiempos hubiera yo calificado de asesinatos lentos; ni los que se apodan representantes de Cristo protestan de que se trate de esa manera á los débiles, á los humildes, á los pobres que El tanto amaba. Tienen todos ellos problemas trascendentales que resolver, empezando por el de la propia conservación. Y no es cosa de que ninguno pierda ni diez minutos en preocuparse de los que transitan desfallecidos por las carreteras y duermen en el suelo en las cárceles.

¿Qué ninguno de los barridos era delincuente? ¿Qué no? Eran todos algo peor: eran criminales. Y del crimen que condena más inflexiblemente la sociedad: el de pobreza.

¿Pero a que hablar más de esto? Hoy, día del Corpus, se celebrará la gran procesión de todos los años, y por la tarde una corrida de toros.

Mientras la España católica y toreera rinda fervoroso culto á sus tradiciones, maldita la importancia que tiene el relato de ese médico de espíritu humanitario que tan valerosamente ha azotado el rostro de esta sociedad asperamente religiosa y en realidad corrompida moralmente.

JOSÉ NAKENS

Artículo de Pero Grullo

Mientras se legisle exclusivamente en favor de los ricos, agrupados en grandes Compañías, los pobres vivirán odiando, sufriendo y soñando con la venganza.

Como los ricos son una infima minoría, la inmensa mayoría es la que odia, sufre y medita venganzas.

Todos los sistemas, para aquietar á un pueblo, son inútiles cuando este pueblo no come, no encuentra casas en que vivir, no tiene luz por la noche ni seguridad de que no lo lleven á la cárcel por cualquier anónimo ó mal intencionado informe que reciba la Policía.

Las clases privilegiadas harían, ya que no son cristianas, un buen negocio cediendo algo de sus pingües y fantásticas ganancias en favor de las clases no privilegiadas.

Debían dejar la costumbre de arramblar absolutamente con todo, y no dar absolutamente nada, ni aun el pago de la cédula de primera clase, que no la saca nadie.

La avaricia rompe el saco y rompe ese orden público, dios de nuestros gobernantes, y rompe, á veces, la crisma de los mismos avaros.

Las situaciones en que una parte de la sociedad vive en el cielo de todos los placeres, de todos los lujos, de todos los espectáculos y de todas las ostentaciones, mientras otra se retuerce en el infierno de todas las privaciones, de todas las angustias y de todas las enfermedades que engendra la miseria, son situaciones falsas, sin equilibrio estable y sin duración posible.

El cristianismo de los egoístas, de los soberbios y de los avaros es una farsa completa, por muchas misas que oigan, escapularios que lleven y órdenes terceras á que pertenezcan.

La moral cristiana y católica señala siete grandes pecados capitales. El primero, la soberbia; el segundo, la avaricia; el tercero, la lujuria..., pero, el primero la soberbia.

De modo que los soberbios son mucho más inmorales y perniciosos á la sociedad que los lascivos.

Los avaros tienen también mayor pecado y son más inmorales y escandalosos que los sensuales.

Por eso se ve que la inmoralidad de nuestros soberbios y de nuestros avaros es la que está perdiendo á España.

Los soberbios y los avaros erigidos en apóstoles de moral, son tiburones predicando abstinencia ó conejos predicando valor ante el enemigo...

Como este artículo se hace largo, continuaré otro día.

PERO GRULLO

¡¡Cuarenta años!!

Cuarenta años lleva de lucha la que estas modestas líneas escribe.

Pero cuarenta años de lucha bajo todos los aspectos que puede luchar el ser humano, descartando el de la indignidad.

Lucha enérgica y enconada, por medio de la pluma, en más de treinta periódicos y en catorce novelas; por medio de la palabra hablada y por medio de las obras.

Y esto, sin que me arredrara la falta de recursos económicos, ni las censuras que, por distintos conceptos, amigos ó adversarios me prodigaban, ni las persecuciones que furiosamente desahaba mi ideal político y librepensador, proporcionándome procesos y encarcelamientos á granel, á más de intentos de acabar con mi existencia.

Y conste, que nada de esto lo refiero

por vanagloriarme ni por aparecer cargada de méritos que rechazó, porque entiendo que no los he contraído por cumplir con mi deber.

Recuerdo la obra pasada, no para servir de dómine á la juventud, sino para alentarla á seguir impertérrita por el camino del entusiasmo, de la constancia y de los sacrificios.

La recuerdo, para decirle á toda esa pléyade de inteligencias que radican en seres apenas flajados por el latigazo de las contrariedades, que una mujer, como todas calificada de débil, ha sabido marchar, con frente serena y paso firme, por la abrupta montaña de la libertad, despreciando á zánganos y á hipócritas y con la vista fija en el sol de la razón y la justicia.

La recuerdo, porque veo á muchas flores del jardín del ideal, cómo se doblan y sucumben agostadas prematuramente por los vientos tempestuosos del combate haciendo alardes de su heroica persistencia en la defensa de sus doctrinas, cuando apenas comenzaban á saturarse de ellas, y cuando por ellas aun no se han sumergido en mares de acibar ni en abismos de decepciones. La recuerdo, en fin, para tener derecho á decirles:

¡Valor y consecuencia, bravura y convicción!

¡No os vemos motejados, y hasta arrollados por la avalancha de vividores que nos estorba el paso, nos ridiculiza y recrimina?

Pues contra sus convencionalismos, nuestro amor á la verdad; contra sus solapadas insidias ó sus francos reproches, nuestro desdén ó nuestra indiferencia; y contra su destructora influencia, nuestra decisión incontrastable.

Hay que ascender á la cúspide porque suspiramos, sin que nos hagan resbalar las sinuosidades del terreno; hay que avanzar sin desmayos enervantes, fuertes, con la fe en el alma y en la voluntad. Hay que ser conscientes de nuestra misión, y saber sostenerla con honor inmaculado.

¡A la lucha, juventud, á la lucha! Venice, el que no se dejó abatir, y la victoria es del que persevera.

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

¡Generación de santos!

¡Cuidado que somos santos!

¡Cuidado que somos buenos y, de caridades llenos, secamos penas y llantos! Nuestros méritos son tantos, que siguiendo en este ahinco de poder pegar el brinco á los altos luminare, nos ponen en los altares como tres y dos son cinco.

Santos acaparadores que, sobre pueblos hambrientos, ganan millones á cientos causando tisis y horrores por lograr precios mayores, al llegar á millonarios se cubren de escapularios y de medallas benditas y hasta construyen ermitas donde se cantan rosarios.

Señoras que en gasolina gastan pesetas por miles, y en parecer juveniles de oro y de plata una mina

pues el placer las fascina, se hacen santas fácilmente, y porque aclame la gente sus virtudes de alto rango, dan una merienda tango para el pobre y el doliente.

Políticos fusilables que con leyes é influencia sostienen las subvenciones a precios inabordable, si hacen pueblos miserables sin fuerza y sin ilusiones, dan ejemplos á montones de su devoción sincera llevando velas de cera en todas las procesiones.

La mujer que se divierte y gasta como una loca, la que á los pobres provoca con su lujo, con su suerte y con su espíritu fuerte para burlar á un marido imbécil ó consentido, paga sopas invernales, ejercicios con animales y novenarios de ruido.

Las damas de Estropajosa, que no se cansan jamás de pedir á los demás que hagan limosna cuantiosa á la grey menesterosa, mantienen los sanatorios de niños y vejstorios á fuerza de dar funciones, cuadros vivos, cutillores y corridas y jolgorios.

¡Cuidado que somos santos! ¡Que triunfa el Cristianismo! Ya todo es Catolicismo sin los antiguos quebrantos de austeridades y espantos. La cosa más fácil es ganar el cielo por pies, y nuestra edad comprendió que virtu, es un fox-trot, y mística, una kermesse.

JUAN GIL

La vida tal cual es

SIN RESCATE

—No me atrevo á pasar recado á la señora... Acaba de venir de la Iglesia y está de un humor insoportable... Vuelva usted á la tarde.

—No puede ser; la situación es apremiante... Además traigo esta tarjeta de recomendación de su íntima amiga la baronesa... Hágalo usted por caridad... Los que necesitamos de los demás debemos ayudarnos...

—Bien, se lo diré; pero luego lo pagamos la servidumbre... No sabe usted el genio que tiene.

—Sí, sí, le comprendo.

—...Que pase usted...

—¿Se puede...?

—Entre.

—Señora: usted me perdonará que haya venido en hora tan poco oportuna y que...

—¿Es usted de la que se habla en esta tarjeta?

—Servidora de la señora.

—¿De modo que usted es Julia Verdier?

—La misma.

—Entonces usted fué la protagonista

de aquel formidable escándalo de hace año y medio en San Sebastián?

—La misma, señora... Una ráfaga de locura, una insensatez, una...

—Sí; pero un escándalo tremendo, del que todavía se habla. ¿Y que fué de él?

—Se fué á Suiza.

—¿Y su padre de usted?

—Murió hace unos meses.

—Ea claro; el disgusto, la vergüenza...

¿Y qué objeto tiene esta tarjeta recomendatoria de la baronesa?

—Como la institutriz de las niñas de la señora se va el mes que viene, pues yo desearía, si la señora lo acepta, ocupar su puesto...

—¿Qué dice usted?

—Tengo una sólida y esmerada educación, poso tres idiomas, toco el piano.

—¿Pero están ustedes locas? ¿Cómo han podido pensar que yo iba á poner mis hijas bajo su dirección? ¿Por qué no lo hace la baronesa?

—¿Porque no las tiene.

—Pues yo no he perdido la cabeza todavía, ni la dignidad... Usted ha sido madre.

—Y lo soy, señora.

—¿Conserva su hijo?

—¿Lo iba á matar?

—No; pero tenerlo en su compañía es añadir el cinismo á la ligereza. Dabiera usted haberlo depositado en la Facultad, en algún asilo, en cualquier casa benéfica.

—¿Y usted es madre y me habla así?

—Pero yo soy madre con todas las garantías legales y religiosas, y es muy distinto.

—Pues yo lo soy con todos los deberes é impulsos de la Naturaleza, y cumplo mi sagrada misión.

—Será usted repudiada en todas partes.

—Dí las partes sin corazón y esclavas de los prejuicios sociales, sí.

—No hay remedio para usted; es doloroso el decirlo, pero así es. Al menos en Madrid, donde todo el mundo conoce su historia.

—De modo que yo estoy obligada á mentir, á disimular, á renunciar á mi hijo si quiero vivir?

—Hija mía, yo no he hecho la sociedad ni el mundo... La vida es así y no la podemos cambiar.

—Sí podemos, pero no queremos... No hay rescate para el que cae.

—Mujer, usted es todavía joven y bonita, y nunca falta quien...

—La señora me permitirá que me retire.

—Como usted guste.

FRAY GERUNDO

EL COLMO YAI

Los propietarios ganaderos del pueblo de Llanja (Huesca) exigieron á la Alcaldía que les autorizara para seguir usando mataderos clandestinos y aprovechar para la venta y consumo de los sirvientes las reses muertas de carbunco, glosopeda, etc. etc.

El Ayuntamiento se opuso á la pretensión, y ellos protestaron enérgicamente de que se les impidiera vender esas carnes. Afortunadamente para ellos, las autoridades provinciales se negaron á apoyar los acuerdos del Municipio.

¿Qué hubiera hecho yo en este caso si soy ministro de la Gobernación?

Felicitó al Alcalde y al Ayuntamiento, destituyó á las autoridades que no apoyaron sus acuerdos, y procesó á los firmantes de la protesta por haber atentado á la salud pública vendiendo carnes de animales muertos de enfermedad infecciosa.

Y nada más.

"SEVILLANAS"

Recuerdo que allá por el año 1914 y en las columnas de este semanario, refiriéndome á la mascarata hipócrita que han dado en llamar «Fiesta de la flor» para allegar recursos con que combatir la tuberculosis, consignaba yo mi opinión sobre la refriesta en esta forma:

Las exhibiciones ridículas y los sablazos á diestro y siniestro no darán nunca resultados favorables. Con semejantes procedimientos aunque se recaudaran millones de duros, podría ser que se enriquecieran algunos señores, pero no arrancarían una sola víctima de las garras de la tisis.

Los hechos han venido á corroborar esa afirmación mía, según podrán apreciar mis lectores por los siguientes detalles:

Sevilla es una de las capitales que más dinero ha dado en la «Fiesta de la flor» en el transcurso de los diez ó doce años que viene celebrándose, pasan de quinientas mil pesetas lo recaudado con ese fin.

Veamos de qué ha servido la generosidad de los donantes, del pueblo en su mayoría.

La Junta de Damas que mangonea este negocio, comenzó por adquirir un trozo de huerta en la ronda de la capital en uno de los sitios más antihigiénicos de Sevilla y de los más sucios, pues linda con un convento de frailes.

En ese terreno fundó un Dispensario para tuberculosos pobres: allí ¡claro está!, no va ningún tísico temiendo á un nuevo contagio, pero al enfermo que se aventura á ir seducido por el señuelo de la caridad de la Junta de Damas, lo socorren con sus buenos treinta y cinco céntimos ó su equivalencia en carne (sic), leche etc., como afirmó hace muy pocos días el doctor Ríos Sarmiento, uno de los médicos del Dispensario, en el periódico *El Liberal* de Sevilla.

Posteriormente, esa misma Junta de Damas, adquirió con el dinero recaudado en las «Fiestas de la flor» unos terrenos de campiña en Dos Hermanas, pueblo cercano á esta capital, para fundar un Sanatorio.

Después de haber gastado una importante suma en la adquisición de éstos terrenos y después de haberse colocado la primera piedra del Sanatorio, la Junta de Médicos de la Beneficencia de Sevilla, dictaminó en contra de la construcción de dicho Sanatorio en Dos Hermanas, atendiendo á las pésimas condiciones climatológicas de dicho sitio.

Dicen los médicos que ellos, con fecha anterior á la compra de dichos terrenos, habían expuesto su opinión ante la expresada Junta de Damas, favorable á que el Sanatorio se construyese en Cazalla ó en Constantina, pueblos de sierra de esta provincia, montañosos, saturados de aires puros, como conviene al fin que se persigue, pero las señoras que componen la Junta se opusieron resultantemente al dictamen de los médicos, alegando que esos pueblos están muy lejos y cuando ellas (las damas) quisieran visitar el Sanatorio, tropezarían con la dificultad de que los automóviles se estropean mucho, además de las molestias que origina un largo viaje por caminos de sierra.

Es decir, que la Junta de Damas ha pospuesto á su comodidad y regalo el interés sacratísimo del enfermo.

Cierto que como ha dicho el citado doctor Ríos Sarmiento, tampoco va ninguna de esas damas al Dispensario, apesar de estar en las puertas de Sevilla.

Es muy fácil sentarse cómodamente en un sillón á presidir una mesa petitoria, halagando su propia vanidad, cobrando fama de altruista y dejándose fotografiar para ver luego reproducida su imagen en cualquier periódico ilustrado; lo difícil, lo que procedía en esas damas, era visitar las clínicas y ponerse en contacto con los pobres enfermos, para atender á sus necesidades y remediar en lo posible sus males.

Sí me dirá que para esos menesteres están los médicos. Muy bien: en ese caso que asuman ellos la total responsabilidad de todo lo concerniente al manejo de fondos y construcción de Sanatorios y disolvase esa Junta de Damas ya que su gestión no ha podido ser más funesta, como se ha demostrado en el sangante de la compra de terrenos en Dos Hermanas.

Y es que en el fondo de todo esto no hay otra cosa que un prurito de exhibición por parte de esas damas, de las cuales hay muchas con fortunas fabulosas, inmensas; por lo que resulta ridículo el que estas señoras, en nombre de la caridad, se dediquen á dar sablazos á pobres obreros, para recaudar fondos con que fundar un Sanatorio.

Bastaría para lograr este fin cumplidamente con que cada una de las Señoras que componen la expresada Junta diera la renta que percibe en un solo día de todas sus propiedades.

Sin temor á pecar de exagerados podría afirmarse que la cantidad que se recaudaría por este procedimiento, superaría á lo que se pudiera recaudar en cuarenta «Fiestas de la flor».

Pero esto no lo harán jamás esas Señoras; lo que sí hacen con lamentable frecuencia es arrojar de sus propiedades á pobres inquilinos por el sólo hecho de aduñarles una mensualidad en el alquiler de sus miserables viviendas.

Por lo demás la tisis, aun los más profanos saben que no se estirpa fundando Sanatorios para alojar en ellos enfermos de esa terrible dolencia.

El problema de la tisis está en la mala alimentación del 80 por 100 de los habitantes de España, en sus pésimas viviendas, infames tugurios donde en seis metros de terreno malo se hacían catorce ó más personas de ambos sexos en promiscuidad vergonzosa, y está además en la tremenda falta de educación y de cultura de la inmensa mayoría del pueblo.

Estos son los factores esenciales de la tisis: sin atacar con energía la raíz de esos puntos negros, alimentación, vivienda, y educación, tal como hoy aparece en su siniestra perspectiva, es hasta ridículo pensar en buscar paliativos á la tuberculosis por otros medios.

¿Que quién logrará estirpar esos graves daños?

Dudo que haya quien se atreva siquiera á intentarlo; lo que sí puede afirmarse de una manera rotunda, es que no será la Junta de Damas aristócratas que sistemáticamente preside la «Fiesta de la flor» la que logre arrancar una sola víctima á las siniestras garras de la tisis.

E. GIMENEZ MONROY

19 Mayo 1921.

Apenas pasa ahora día sin que se celebren en Madrid fiestas de esas que han dado en llamar caritativas.

Con este motivo he recordado que hace años inserté en EL MOTIN un interesante artículo que sobre este asunto publiqué *L'Asino*, de Roma. Y como es de oportunidad permanente, lo reproduzco á continuación:

LA BENEFICENCIA

Antonio Mueredehambre es un pobre obrero sin trabajo, que habita con su familia en un zaguami de una casa vieja y destaralada. Vive de... la caridad. Un día vuelve á su casa muy contento.

—¡Alegrías, queridos míos; hoy os traigo buenas noticias. He encontrado trabajo.

—¡Bendito sea Dios!

—¡Sí, bendito sea Dios, y el gobierno, que es quien me lo da!

—¿Conque mañana... dice su mujer.

—¿Mañana? ¡Qué prisa tienes! El trabajo que he encontrado empezará... dentro de diez meses.

—¡Ahí!

—Sí, dentro de diez meses comenzarán las obras para el monumento á Victor Manuel. Alegrémonos, pues. Dentro de diez meses... comeremos también nosotros.

—Y en tanto, ¿cómo vivimos?

—¿En tanto?... Es verdad, no había pensado en ello.

—No tenemos pan y nadie nos socorre.

—Es verdad... ¿Qué imbécil soy!... Pero ¡ah! No os había dicho todo. Figuro entre los pobres que han de ser socorridos en la gran fiesta de beneficencia que va á darse en el teatro.

—¿Una fiesta para los pobres!

—Sí. Fíjate que todos los señores y señoras que se compadecen de los necesitados son los que darán esa fiesta, una fiesta en toda regla, y que ya has gastado no sé cuántos cientos de pesetas en los preparativos.

—¡Oh! ¡Si se las hubiesen dado á los pobres!

—¡Tonta! Considera que son señores y deben divertirse... ¡Y después dicen que los señores no piensan en los obreros!

—¿Y cuándo se dará esa fiesta?

—Dentro de quince días.

—¡Ah! ¿Y en tanto?

—En tanto... en tanto hay que procurar no morirnos de hambre.

—Eso se dice pronto. ¿No nos podrían adelantar hoy mismo algo á cuenta?

—

Es la noche de la fiesta. Fuera del teatro está nuestro hombre con su familia contemplando infinidad de luces y adornos, viendo llegar carruajes con cocheros galbaceados y brutales, luciendo ricas libreas, y entrando señoras lujosamente vestidas; entreviendo los estantes llenos de refrescos y pastas, y los grandes ramos y corbeilles de flores con cintas colgantes de raso recamadas de oro. Y mientras ve todo eso, siente que se le doblan las piernas de hambre, y no puede por menos de exclamar:—¡Oh! ¡Si me dieran siquiera una cinta de esas, ó un ramito... Y los chicos perciben en el aire el olor caliente é invidioso del buffet, y uno de ellos se propaga á pedirle limosna á un caballero, el cual le contesta indignado:

—¿Pedir limosna esta noche! ¿No ves que voy á pensar ahí dentro en los pobres? ¿Y quieres que vea la bolsa aquí fuera?

—Después de todo—dice para sí Antonio Mueredehambre—tiene razón. Bastante hacen, ¡ah! ¡Qué caritativos son estos señores! Durante varias horas se oyen desde fuera música, gritos, cantos y un barullo cada vez mayor. Á la de la salida, los señores y las señoras están rendidos, ebrios, con los rostros amoratados y los vestidos sucios.

—¡Oh! ¡Pobre gente!—exclama Mueredehambre.—¿Cómo llegan á ponerse por hacer un poco de bien á los pobres!

—Mira, papá, aquel señor que no se tiene

en pie... Mirale... Si no le sostiene el lacayo, cae al suelo.

—¿Sí? ¿Quién sabe lo que ha tenido que beber ese caritativo señor por hacer bien á los pobres!

Al día siguiente, Antonio Mueredehambre se presenta al Comité para recibir la parte que le corresponde en la función de Beneficencia.

—¿Qué quiere usted?

—Pues... lo que me toca.

—¡Imbécil! ¿Cómo vamos á darle hoy el dinero? Las señoras del Comité están en la cama todavía, y la secretaria tiene una gran indigestión de bizcochos. Además tenemos que hacer las cuentas.

—Entonces cuándo he de volver?

—Dentro de veinte días.

—¿Veinte días!

—Sí; y si no quiere usted volver, no vuelva. ¿Qué quiere usted? Después de lo que se ha hecho por ellas, aún vienen con exigencias inadmisibles. Crean que no tenemos que hacer más que pensar en sus necesidades. Quisieran que se hicieran las cuentas en dos horas. Cuatro, ocho... y ya está todo. ¡Oh! ¡La ignorancia!

—Es verdad—piensa Antonio marchándose.—Estos señores tienen que hacer las cuentas y necesitan una veintena de días para distribuir equitativamente lo recaudado.

Es el día del reparto.

Muchos señores y señoras van llegando al local del Comité. El número de pobres es tan grande, que hay precisión de que formen fila y esperen algunas horas.

Antonio Mueredehambre que, después de veinte días, está reducido... á la menor cantidad posible de hombre, se arrastra por entre la multitud y llega al sitio donde distribuyen el socorro. Una señorita muy adornada con lazos, flores, oro y brillantes, y sonriendo de una manera que quiere ser angelical, deposita en su mano la respetable suma de... cuatro céntimos.

—¿Cómo!... ¿Cuatro céntimos?

—¿Y no está usted contento, después de todo lo que hemos hecho?

—Y pensar que yo—murmura un señor ya viejo—por amor á los pobres he tenido un cólico! Si no le satisface á usted lo que le damos, ahí están las cuentas. Nosotros lo hacemos todo con claridad.

Antonio examina las cuentas.

y, sin poderlo remediar, ¡lloraba la esposa del Señor!

RAMON CAMPOAMOR

¡MUCHO OJO!

Una vez que cobré mi sueldo entero, me compré cuatro duros de sombrero, y al saludar á un cura muy rollizo, dió el sombrero en un poste y se deshizo. Desde entonces... lo que es este compadre no vuelve á saludar á ningún padre.

EUSEBIO BLASCO

Luisa, que es ama de un cura, tiene la pobre *presbicia*, y aunque lo hace sin malicia, que es *presbiteria* asegura.

Es Pura como besta de las de primera fila; cuando se siente intranquila de ir á confesarse trata. Mas un párroco en su innata condición de dar consuelo va á verla con sano celo, y al llegar exclama Pura: «Pues viene usted, señor cura, como llovió del cielo».

Siempre fray Carrillo estás censándonos así fuera. ¡Quién en tu celda estuviera para no verte jamás!

EL ABAD DE TORO

¿Qué importa el recato vuestro que cerréis, ahora mía, la puerta al Avermaria si abris al Padre nuestro?

GABRIEL DEL CORRAL

Correspondencia Administrativa

Torralba.—Emilio García. Abonada su suscripción á fin Julio 1921.

Dalias. A. Zamora. Id. á fin Enero 1922.

Málaga.—José Gonzálz. Id. á fin Diciembre 1921.

Tortosa.—José Castellví. Id. á fin Diciembre 1921.

León.—Isidoro Suárez. Id. á fin Abril 1922.

Goyán.—José Fernández. Id. á fin Abril 1922.

Colombres.—Arsenio Torres. Id. á fin Septiembre 1921.

Idem.—Federico de Diego Id. á fin Diciembre 1921.

Payón.—José Omedes. Id. á fin Abril 1922.

Lisboa.—J. P. da Conceição. Recibida su carta. Conforme.

Puerto de Santa María.—José Muñoz. Recibido su giro de 10 pesetas. Conforme.

Gijón.—F. López. Id. de 20 á cuenta.

Córdoba.—Diego Peña. Id. de 3. Conforme.

Cheste.—Leoncio Guillén. Id. de 15 á cuenta.

Aranda de Duero.—A. Muñoz. Id. de 31.50. Conforme.

Dalias.—A. Zamora. Id. de 20. Conforme.

Morón.—M. Plaza. Id. de 1.50 á cuenta.

Villanueva y Geltrú.—R. Rosell. Id. de 40 á cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdelella, 2.º. Madrid.

Quisicosas clericales

LAS DOS ESPOSAS

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto día casándose con Blas.

—¡oh, que esposo tan bello!—se decía.—

—¡pero el mío lo es más!

Luego en la esposa del mortal miraba

la risa del amor,